

VIOLENCIA FAMILIAR

Sí, tiene usted razón, sí la quería mucho, muchísimo, pero todo tiene un límite en esta vida. Sobre todo si uno da lo mejor de sí mismo. Por ella juré ofrecer mi vida si eso fuera necesario. Ahora ya no sé si lo haría. Algún familiar y varios amigos me dicen siempre que del amor al odio sólo hay un paso. Y no, no he llegado hasta el odio todavía, al resentimiento sí, a la fatiga también, al rencor más.

Ya sé que usted no conoce toda mi vida ni tiene por qué conocerla, pero sí es importante que conozca algún dato para que pueda dar su opinión con mayores fundamentos. No voy a hablar ni de mi infancia y menos de mis años escolares. Ya como profesionalista me dediqué en cuerpo y alma a mi carrera, por ese motivo y ningún otro fue que me casé ya no tan joven. Bueno, lo diré, me casé ya de adulto, a los cuarenta y dos años ya cumplidos. Varios de mis compañeros de esa edad ya hasta estaban divorciados, sé que me envidiaban mi soltería. Pero todo se acaba. Me casé por las dos leyes.

Poco tiempo empezó todo.

Mi problema, para que termine por saber lo más importante, es la violencia familiar, algo que pensé que podía suceder en cualquier lugar menos en mi casa. En la de mis padres y en la de los demás parientes no existió, o al menos nunca me di cuenta de que sucediera. Por lo tanto yo soy el primer Alvarez Moreno que sufre esto.

Empezó por no dejarme dormir. Quería toda la atención durante el día pero también en la noche. Al principio eso hasta me divirtió, pero cuando empecé a fallar en mi trabajo por falta de sueño ya fue otra cosa. Esto no se le ha quitado hasta la fecha.

Lo segundo fue el llanto. Odio que la gente llore. Me pone de muy mal humor. Qué protesten, que griten, hasta que peguen, pero que no se me pongan a llorar y menos llorar a todo volumen como ella hace. Los vecinos me ven ya con otros ojos, como diciendo que que maldito soy que hago llorar tanto a mi amor.

Siguió con la anorexia o bulimia o las dos cosas juntas: o no quería comer o se vomitaba a cada rato. Qué asco. Y ahí estoy yo limpie y limpie. Y todo por pendejo al decir la primera vez: no te preocupes, yo limpio. Y lo que fue una sencilla forma de cortesía se convirtió en una obligación. Así son las personas del sexo femenino, cualquier cosa que uno haga lo convierten en obligación.

Siguieron los rasguños. Mire como tengo la cara, hasta pena me da ir así a mi oficina. Creo que esto es lo más increíble de todo. Yo, con la mejor intención del mundo, acerco mi cara a su cara para darle un beso... ¡y zas!, que viene el rasguño. Una vez me asusté mucho pues fue cerca del ojo, si mueve la mano un centímetro más me deja ciego, o más bien tuerto.

Y no sólo me rasguña, también me patalea, me muerde, me escupe...y para qué seguir. Una noche, de las frías, sin más ni más que me empapa. Me puse a temblar de frío y ella a temblar de la risa que le causó su acción. ¡Estúpida!

Ya decidí como terminar con esta violencia familiar, y si no terminarla definitivamente si disminuirla por horas. En cuanto cumpla dos años de edad la meto a una guardería. ¡Sí señor, eso haré!

Tomás Urtusástegui

Marzo 2009